

La Jeune Belgique y la poesía mexicana

Gabriel Zaid

Extraña coincidencia de los últimos fines de siglo ha sido la tensión entre el deseo cosmopolita de comunidad universal y el deseo nacionalista de afirmación particular. A fines del siglo XVIII, cuando parece anunciarse una nueva era del género humano, cuya vanguardia sería la Revolución francesa, los sentimientos nacionales avivan el romanticismo y la resistencia a Napoleón. A fines del XIX, cuando el socialismo internacional parece encaminado a la unidad europea, se afirma como nunca el arte nacional, estallan los Balcanes y finalmente la Guerra. A fines del XX, cuando el mercado común europeo parece avanzar a la política común, estallan nuevamente los nacionalismos y las exigencias de identidad cultural.

La respuesta romántica, redescubierta repetidamente, fue mantener viva la tensión, volverla creadora, reconciliar los polos contrarios en una especie de particularismo universal o universalismo particular. Reconciliación creadora y tensa, también entre tradición e innovación, ciencia y fe, centro y periferia. No está claro si las nostalgias y esperanzas finiseculares aumentan esas tensiones, pero sí que, hacia 1900, hubo poetas belgas y mexicanos que las volvieron creadoras.

La emancipación literaria de Bélgica frente a París se da con la revista *La Jeune Belgique* (1881-1897) y con las figuras de Émile Verhaeren (1855-1916), Georges Rodenbach (1855-1898) y Maurice Maeterlinck (1867-1949), cuyo premio Nobel (1911) consagra la resonancia universal del "milagro poético belga" (Robert Sabatier).

La emancipación de la cultura mexicana frente a la española se da en el siglo XVIII, con grandes figuras de apertura universal y afirmación local: Juan José Eguiara y Eguren (1695-1763), Francisco Javier Alegre (1729-1788), Antonio Alzate (1737-1799), Francisco Javier Clavijero (1731-1787), Rafael Landívar (1731-1793), Andrés Cavo (1739-1803), Juan Luis Maneiro (1744-1802). Pueden dar cátedra en Bolonia o ser miembros de la Academia de Ciencias de París, pero escriben poesía, reflexiones, historia, biografía, bibliografía, deseos de construir una cultura local que se iguale con la europea.

Desgraciadamente, el proyecto de la Ilustración mexicana se esfumó ante las realidades políticas de la represión madrileña y el caos de la independencia nacional. En particular, que la Ilustración fuera encabezada por los jesuitas, como una vanguardia de la cultura católica, tuvo el efecto de eclipsarla en el siglo XIX, ante el triunfo liberal. Muchos liberales anticlericales fueron de hecho católicos laicos, herederos de los ideales emancipatorios, nacionalistas y universalistas de los religiosos ilustrados. Pero la herencia de derecho la asumieron los conservadores, que fueron aplastados por las armas liberales.

Curiosos paralelos entre Bélgica y México. La vida periférica frente a los grandes centros de poder (primero español, luego francés). La independencia casi al mismo tiempo (1821, 1830) y con pretexto francés: la insurrección mexicana empieza como solidaridad al trono español frente a Napoleón

y termina expulsando a los españoles; los disturbios belgas por la revolución de julio en París terminan expulsando a los holandeses. La temprana separación de la Iglesia y el Estado. La formación de un Partido Católico.

Fueron los mexicanos cosmopolitas los que descubrieron a los belgas. En 1898, la *Revista Moderna* (1898-1911) publicó una "Chanson" de Maeterlinck (cuando el joven belga tenía 36 años), en francés y sin traducción, como si fuera la cosa más natural del mundo:

Et s'il revenait un jour
que faut il lui dire?
—Dites-lui qu'on l'attendit
jusqu'à s'en mourir.

En 1902, Maeterlinck estrena en París *Monna Vanna* y Balbino Dávalos (1866-1951), poeta y traductor (del francés, del inglés, del portugués, del italiano) para la revista, le pide los derechos de traducción y de representación. La respuesta (limitando los derechos a México, porque ya los había vendido en España) se publica autógrafa y, de nuevo, sin traducción.

En 1906, la revista publica trece poemas de Rodenbach traducidos por Andrés González Blanco (1888-1924), joven poeta español que publicó mucho en México por entonces. La lectura de esos poemas por el también adolescente Ramón López Velarde (1888-1921) fue decisiva para que el poeta mexicano encontrara sus temas católicos y provincianos, como lo señaló hace tiempo Luis Noyola Vázquez.

Hay muchas otras huellas de *La Jeune Belgique* en la poesía mexicana. Basta señalarlas en la mayor revista literaria (la *Revista Moderna*) y en los mayores poetas del momento: Amado Nervo (1870-1919), José Juan Tablada (1871-1945), Enrique González Martínez (1871-1952), Ramón López Velarde, Alfonso Reyes (1889-1959). Las numerosas traducciones culminan en dos antologías:

—*Tres grandes poetas belgas*, que publica la editorial Cultura en 1918, con una presentación de Enrique González Martínez sobre Verhaeren, Rodenbach y Maeterlinck, traducidos por él y otros poetas.

—*Un siglo de poesía belga* (1830-1930), antología bilingüe compilada por Francisco Castillo Nájera y publicada en 1931 por Labor de Bruselas y Aguilar de Madrid. Sus 550 páginas incluyen 78 poetas belgas de lengua francesa, traducidos por él y por muchos otros, con presentaciones individuales y generales, un ensayo sobre "La poesía belga y el nacionalismo en el arte" más un prólogo de José Juan Tablada, donde sueña con una antología semejante de la poesía mexicana, realizada por belgas.

La resonancia universal de los poetas de *La Jeune Belgique* se explica, en primer lugar, por su talento creador. Luego, por la vitalidad comunicativa que los mueve al diálogo

universal. Y, finalmente, porque su obra respondía a una necesidad de la época. Una necesidad, digamos, de "progreso espiritual", insatisfecha ante el progreso material y científico. En 1910, el joven poeta alemán Stefan Zweig (1881-1942), entusiasmado con la obra de Verhaeren, escribe un libro para celebrarlo como el mayor de los líricos de Europa y el único capaz de ver lo que el presente encerraba de poesía.

La recepción cosmopolita del mensaje belga se reforzó con otro mensaje implícito para los países periféricos: los belgas eran escuchados en el centro del mundo, en la "capital del siglo XIX" que fue París (Walter Benjamin); luego, se puede ser periférico y central. Este mensaje estimulante para los cosmopolitas mexicanos se volvió más alentador aún para los nacionalistas, para los provincianos, para los católicos.

La vanguardia católica mexicana, que admiraba el milagro belga (*La Jeune Belgique*, pero también la católica Universidad de Lovaina, de donde había surgido el movimiento poético; pero también el socialismo cristiano y la apertura al mundo moderno; también el Partido Católico belga, que había llegado al poder) recibía otros mensajes implícitos: se puede ser católico y moderno. Se puede ser católico y líder del cambio, se puede ser católico y triunfador.

El triunfo liberal sobre los conservadores, que había hecho olvidar la raíz católica de los liberales mexicanos, había identificado la cultura católica con la derrota, el repliegue a la provincia y el cultivo de los clásicos. Situación que también se daba en Europa, hasta que el liderazgo y la confianza de los católicos en sí mismos reaparecieron con el largo papado de León XIII (1878-1903).

León XIII vio con simpatía la libertad moderna en la encíclica *Libertas* (1888) y apoyó las iniciativas sociales de muchos católicos (el sindicalismo, la orientación social de la propiedad privada) en la encíclica *Rerum Novarum* (1891), considerada revolucionaria y fundadora de la doctrina social de la Iglesia. Transformó la militancia defensiva en conquista del mundo moderno, bajo la consigna *nova et vetera*: unir lo nuevo con lo viejo. En vez de replegarse a llorar la situación perdida, animaba a recuperar la iniciativa y construir en la nueva situación. También apoyó que los laicos tomaran la palabra, lo cual fue decisivo para las letras católicas. Hubo así una especie de romanticismo autorizado y tardío que produjo una renovación de la cultura católica, a fines del siglo XIX y principios del XX.

Los partidos católicos, como los escritores católicos, son una novedad del siglo XIX. Bélgica, que había vivido una situación romántica bajo el progreso impuesto por Napoleón y la revolución industrial, que había perseguido al clero y proclamado la independencia con separación de la Iglesia y el Estado, llegó a tener un poderoso partido católico, que estuvo en el poder treinta años (1884 a 1914), y cuya influencia en México habrá que investigar. Fue, cuando menos, una inspiración: ahí estaba un modelo de la doctrina social cristiana llevada a la práctica. Tuvo todo el apoyo de León XIII, que patrocinó en la antigua Universidad de Lovaina el foco intelectual de un catolicismo de vanguardia, deseoso de conciliar la ciencia y el pensamiento modernos con el tomismo: neotomismo encabezado por el cardenal Mercier (1851-1926).

Hay más de un rastro belga en la vanguardia católica mexicana: en la poesía, en la liturgia, en la cuestión social. La huella más reciente es la de José Lemercier (1917-1987),

que estudió en Lovaina y fundó el monasterio benedictino de Cuernavaca, vanguardista en la liturgia y en la aplicación del psicoanálisis a la vocación religiosa. En el curso del siglo, muchos mexicanos interesados en la reforma social han pasado por Lovaina. Hasta hay un libro titulado *Lovaina, de donde vengo...* (1957) de Jesús Guisa y Azevedo (1900-1986).

Pero, a principios de siglo, la inspiración belga para los mexicanos tuvo ante todo un signo poético. Francisco González León (1862-1945), María Enriqueta Camarillo (1869-1968), Eduardo J. Correa (1874-1964), Alfredo R. Placencia (1875-1930), Ramón López Velarde, Francisco González Guerrero (1889-1963), José D. Frías (1891-1936), aunque tenían recelos del modernismo (visto como decadentismo), se modernizaron y rompieron con la tradición neoclásica, que fue la tradición de las grandes figuras de la cultura católica: Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918), Ignacio Montes de Oca (1840-1921), Manuel José Othón (1858-1906).

Para un poeta como López Velarde, que acabó (póstumamente) consagrado como el poeta nacional y nacionalista de la Revolución mexicana, pero que surgió de la cultura católica refugiada en la provincia y de la poesía neoclásica, los paralelismos con los belgas se multiplicaron. Hasta fue militante del Partido Católico Nacional.

1. Frente al decadentismo como rechazo del progreso industrial y frente a la estrechez sofocante de éste, los belgas proponían una tercera vía de progreso alternativo, espiritual, igualmente atractiva para el centro y la periferia, para católicos y no católicos.

2. Frente al cosmopolitismo desarraigado y el nativismo chato, ennoblecían el campo, la provincia, los particularismos; y mostraban, con su propio ejemplo, la posibilidad de tomar la iniciativa con un progreso nativo, frente al progreso impuesto desde afuera. Ejemplo esperanzador para las culturas periféricas, sofocadas por el centralismo de la urbanización "tentacular" (Verhaeren).

3. Frente a las nuevas culturas oficiales que daban por superada la fe, y frente a la cultura católica que creía defenderse fosilizando, abrían esperanzas para las vanguardias de la cultura católica.

4. Frente a los escritores franceses que despreciaban a los belgas, y frente a los escritores belgas que se despreciaban a sí mismos, superaban los problemas de identidad que plantea una literatura nacional escrita en una lengua compartida. ¿Puede existir una literatura belga (o mexicana): no una literatura francesa escrita en Bélgica (una literatura española) escrita en México?

La emancipación de la cultura mexicana se eclipsó hasta finales del siglo XIX. El romanticismo mexicano no supo ver en los humanistas del siglo XVIII lo que los románticos alemanes vieron en Herder. Para muchos liberales, había que empezar de cero: hacer tabla rasa del lastre indígena, del lastre hispánico, del lastre católico. Afortunadamente, hubo poetas como Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), de sangre indígena, que quisieron tener al mismo tiempo universalidad y raíces locales. Cuando el México de López Velarde: el otro México, sofocado por las armas liberales y la dictadura positivista, empezaba a aflorar, el movimiento de *La Jeune Belgique* llevó las letras belgas a una confianza en su propia capacidad, a una conciencia literaria emancipada, que fue una inspiración para los mexicanos. □